bre propio y en nombre vuestro le presentábamos nuestros homenajes. Juzgad entonces cuál sería nuestro júbilo al oírle decir con paternal acento: —Yo amo mucho á Chile, yo le amo porque de él he recibido numerosas pruebas de afecto que debo corresponder.

Calculad con qué justo orgullo no aceptaríamos el dulce encargo de bendeciros en su nombre, y con cuánto placer contemplaríamos pocos días después, agrupados alrededor de su trono, á no pocos de los miembros de la familia chilena, mudos de emoción y más de una vez derramando lágrimas de amor al hablar con su augusto Padre en la fe.

Con solícito interés nos interrogó el Pontífice, en las diferentes audiencias privadas que se dignó concedernos, acerca de las necesidades religiosas de nuestra vasta diócesis, y grande fué su complacencia al oir de nuestros labios las justas alabanzas que en conciencia hubimos de tributar á nuestro clero y pueblo fiel, á las instituciones consagradas á la oración, á la instrucción de la juventud y al ejercicio de las obras de misericordia. Con no menor satisfacción acogió la seguridad que le dimos con pleno conocimiento de causa de vuestra fe inquebrantable. Dió gracias á Dios, alzando al cielo sus venerables manos, cuando nos oyó decir: —«He hecho ya la visita de la mayor parte de mi diócesis, y os aseguro, Santísimo Padre, que se hace cruel violencia á la voluntad del pueblo cuando se le dan leyes impías y contrarias á sus sentimientos católicos. Al visitar mi diócesis no esperaba encontrar tanta piedad en los pueblos ni tanta adhesión á la autoridad de la Iglesia. Chile es eminentemente católico, y no habrá poder capaz de arrancarle su fe.»

Nos habló detenidamente acerca de la educación de los eclesiásticos en los seminarios, que quiere sean organizados en la forma que ordena el santo concilio de Trento, lamentando la escasez de las vocaciones sacerdotales entre nosotros. Le pedimos una bendición especial para los seminarios y para sus directores y alumnos, que nos concedió con grande amor.

Mas, nada celebró tanto como la fundación de la Universidad Católica. Nos habló detenidamente acerca de la necesidad y de la manera de establecerla sobre bases sólidas y estables y nos hizo portadores del encargo de manifestar á nuestros diocesanos que á su juicio, es más importante que edificar iglesias y casas de caridad y de misericordia; como que vale más curar el alma enferma por el error, que el cuerpo aquejado por dolencia física. Nos aconsejó consultarnos con el Eminentísimo Cardenal Zigliara, protector de los estudios, é imponernos de los estatutos de las nuevas Universidades de París, Tours, Laval y Wáshington.

Y, como le representáramos las dificultades con que tropieza esta grande obra, nos aseguró con mirada profética que las injustas trabas que hoy día se presentan han de desaparecer tan pronto como los gobernantes se persuadan de que la instrucción católica á nadie daña, sino que da impulso poderoso á las ciencias y adelantamiento intelectual. Y, para acentuar más y más su voluntad de que los católicos chilenos presten cooperación generosa á esta obra de salvación y de preservación, en la audiencia pública concedida á los chilenos residentes en Roma, les recomendó la necesidad de proteger eficazmente la educación católica en los congresos y comicios de la República, enviando una bendición especial á los que trabajan en esta santa empresa. Tal es la voluntad del Papa, que conoce como nadie las necesidades de nuestros tristes tiempos; y al cumplir con el honrosísimo encargo de manifestárosla, no dudamos que os apresuraréis á cumplirla en la medida de vuestras fuerzas. Dirígese particularmente este encargo á los padres de familia, á quienes por derecho natural y di-

vino incumbe la obligación de dar á sus hijos instrucción y educación cristianas. La Iglesia, que es madre y maestra, les pide sus hijos para doctrinarlos en la verdad al mismo tiempo que formarlos en la virtud, y confiamos en que no han de mostrarse sordos á este bondadoso llamamiento.

Volvemos pues, amados diocesanos, á tomar en nuestras débiles manos el gobierno de nuestra Iglesia; pero ahora fortalecido nuestro corazón con las bendiciones del Romano Pontífice y vigorizado nuestro brazo con el apoyo que nos da su aprobación augusta á lo poco que hasta ahora hemos podido realizar en bien de la amadísima grey. Nuestro deseo es de continuar hasta concluir la santa visita interrumpida. Nos quedan aún muchos hijos que no conocemos y muchas parroquias cuyas necesidades queremos remediar á la medida de nuestras fuerzas.

Después atenderemos con preferencia la celebración del sínodo diocesano, que esperamos inaugurar, con el favor de Dios, á la brevedad posible. Con grande anhelo procuraremos la prosperidad de los seminarios; y en el orden material, la terminación de la iglesia votiva del Salvador, consagrada al Corazón de Jesús en recuerdo de un gran beneficio, y la construcción de la casa de ejercicios de Valparaíso. Nada deseamos tanto para el bien espiritual de una ciudad que nos es tan cara y de la que hemos recibido tantas pruebas de correspondencia. Si no hubiere recursos, iremos gustosos á solicitarlos de puerta en puerta en favor de tan santa casa, pues nos causa pena el verla abandonada, y más de una vez esta triste idea ha detenido nuestros pasos al querer visitar la ciudad de nuestra predilección y cariño.

Réstanos aun otra obra que esperamos realizar antes de morir, y vamos á expresaros con toda franqueza nuestro sentimiento. Cuando recorríamos las ciudades del antiguo continente, mirábamos con santa envidia los bellísimos templos levantados á la gloria de Dios en todas las naciones católicas ó protestantes. En buena parte el viajero juzga de la civilización de un pueblo por la riqueza y esplendor de los templos. Las naciones han cuidado de una manera especial de hacer del templo una escuela de fe, de instrucción, de historia santa y hasta de estética y buen gusto. Nos sentíamos humillados como chilenos al comparar nuestra vieja catedral con la de cualquiera ciudad de segundo orden de Francia, España ó Italia, y formamos la resolución inquebrantable de proseguir en lo empezado, confiando en Dios y en vuestro amor religioso y patriótico. Deseamos que esta obra se lleve á cabo con magnificencia digna de su principal objeto, que es la gloria del Señor, pero también que corresponda á la cultura y renombre que Chile se ha conquistado. No hay en Santiago monumento que recuerde mejor nuestras glorias patrias, ni que debamos conservar con más cariño. Hoy en que todo se mejora y embellece, en que se levantan por doquiera grandes monumentos y palacios, no hemos de olvidarnos de la casa del Señor Omnipotente, al que somos deudores de nuestra prosperidad y riqueza.

Os rogamos, venerables párrocos, comuniquéis en momento oportuno á todos los fieles estos nuestros sentimientos de gratitud y de amor por las oraciones y buenas obras practicadas en favor nuestro durante la ausencia, no menos que por las entusiastas manifestaciones de contento con que se han servido recibirnos y que jamás podremos olvidar. Estas mutuas y recíprocas manifestaciones de caridad y de amor nos manifiestan cómo los cristianos formamos una sola familia bajo un mismo padre, ó un rebaño bajo un mismo pastor, cumpliéndose el voto del divino Salvador de que los suyos tengan un solo corazón y una sola alma, *cor unum, anima una*, lo que ha de ser siempre nuestra más grande aspiración.

Haceos dignos, amados diocesanos, de recibir las bendiciones tan generosamente concedidas á nuestra diócesis, y que el Santo Padre nos ha encargado transmitiros. Quiera el cielo que ellas sean, para nuestro clero y para todos los fieles confiados á nuestros cuidados, el principio de una verdadera renovación en la piedad y en la práctica de todas las buenas obras. Este es el voto más ardiente de nuestro corazón y será, como lo esperamos, el fruto más precioso de nuestra peregrinación á la ciudad santa.

Elevad pues al cielo vuestros corazones, y doblad vuestra rodilla mientras os repetimos, en cumplimiento de una comisión tan honrosa, las palabras mismas del Santo Padre: *Que la bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca siempre. Amén.*

Dado en Santiago de Chile, el día 6 de abril, fiesta de la Pascua de Resurrección de nuestro Señor Jesuscristo, de 1890.

MARIANO,
Arzobispo de Santiago.

Por mandado de Su Señoría Ilma. y Rma.
M. ANTONIO ROMÁN,
Secretario.

PASTORAL
DADA
AL PUBLICAR LA ENCÍCLICA DE SU SANTIDAD LEÓN XIII «SAPIENTIÆ CHRISTIANÆ».

NOS, MARIANO CASANOVA, etc.

Al clero y fieles de la arquidiócesis, salud y paz en el Señor.

I.

COMO *antorcha colocada en alto candelero,* León XIII alumbra con los resplandores de su sabiduría la noche tenebrosa en que envuelven al mundo los errores doctrinales de nuestra época. Y como el centinela que desde lo alto de la fortaleza espía con mirada diligente los movimientos del enemigo, así desde el fondo de su prisión está en asecho de los errores que amenazan la integridad de la fe para denunciarlos y condenarlos, de los designios de los enemigos de la Iglesia para frustrarlos, de las necesidades del pueblo cristiano para remediarlas. Con la ciencia del sabio, con la autoridad del maestro y la solicitud del pastor arguye, enseña, condena, aconseja en sus monumentales encíclicas, que con oportunidad maravillosa señalan las llagas del tiempo, refuerzan los puntos vulnerables de la sociedad cristiana é instruyen á los católicos acerca de los deberes que deben cumplir en las dolorosas circunstancias presentes. Vió propagarse en el mundo, á manera de lepra gangrenosa, errores tan funestos, como el socialismo, el comunismo y el nihilismo, que socavan los